

Catecismo 2548 - 2550 Decimo Mandamiento

Quiero ver a Dios

28-10-2009

Mons. JOSE IGNACIO MUNILLA

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra madre la Iglesia.

El pecado que regula el décimo mandamiento no es un pecado que sea en un "desear mucho", la acusación no está en tener expectativas demasiado altas.

La esperanza cristiana no se trata de tener metas altas, sino que ha de tender a tener a Dios como tesoro.

Por eso termina este decimo mandamiento con este apartado: "**Quiero ver a Dios**".

Punto 2548:

El deseo de la felicidad verdadera aparta al hombre del apego desordenado a los bienes de este mundo, y tendrá su plenitud en la visión y la bienaventuranza de Dios. "La promesa [de ver a Dios] supera toda felicidad [...] En la Escritura, ver es poseer [...]. El que ve a Dios obtiene todos los bienes que se pueden concebir" (San Gregorio de Nisa, *De beatitudinibus*, oratio 6).

Empieza este punto:

El deseo de la felicidad verdadera aparta al hombre del apego desordenado a los bienes de este mundo.

Las pregunta es: ¿Es verdad esto...?; parece que sea al contrario: el deseo de ser felices nos estemos entregando a los bienes materiales, intentado buscar en ellos lo que no pueden darnos.

Por deseos de felicidad uno intenta poseer cosas, tener dinero, acumular capacidad de poder, de dinero...

En las confesiones de San Agustín, que es uno de los libros más leído en la historia de la Iglesia. Donde san Agustín hace u relato del itinerario hasta descubrir a Jesucristo. Diciendo que hasta en las acciones erróneas buscaba la felicidad:

Tarde te amé

¡Tarde te amé,
hermosura tan antigua y tan nueva,
tarde te amé!
Y ves que tú estabas dentro de mí y yo fuera,
Y por fuera te buscaba;
Y deforme como era,
Me lanzaba sobre estas cosas hermosas que tú creaste.
Tú estabas conmigo más yo no lo estaba contigo.
Me retenían lejos de ti aquellas cosas
Que, si no estuviesen en ti, no serían.
Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera:
Brillaste y resplandeciste, y fugaste mi ceguera;
Exhalaste tu perfume y respiré,
Y suspiro por ti;
Gusté de ti, y siento hambre y sed
Me tocaste y me abrasé en tu paz.
"Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está
inquieto hasta que descanse en ti"

San Agustín

Siempre estamos buscando la felicidad aunque nos equivoquemos en la forma.

El catecismo habla de que "el deseo de la felicidad **verdadera**" **nos aparta de los deseos de los bienes materiales.**

Sabemos que no es lo mismo "*la felicidad*" que el "*placer*". Muchas veces, cuando buscamos el placer buscamos como un "sucedáneo" que nos consuele de "no ser felices".

El placer es la "felicidad de una parte del cuerpo". Aquí la palabra felicidad no encaja muy bien, porque se puede tener placer con la comida y estar amargado por otra cosa al mismo tiempo; se puede tener un placer parcial.

San Agustín decía: "*Si no quieres que te rompa interiormente la adversidad, no dejes que te corrompa la felicidad*". Entendiendo por felicidad el bienestar.

Claro que también nos puede corromper el momento de placer, como el momento de adversidad.

Pero la felicidad no corrompe, la felicidad te unifica.

En definitiva que tenemos un deseo natural de felicidad, en nuestros genes, en nuestra alma esta esté profundo deseo de felicidad; y lo paradójico es que no se puede saciar con lo que podemos alcanzar en esta vida.

La paradoja es esta: **tenemos un deseo natural de felicidad que solamente puede ser "sobrenaturalmente saciado": Hemos sido creados para Dios y lo que no es Dios no nos sacia**, o dicho de otro modo: **saciar la sed pero nos da más sed.**

Por eso nosotros predicamos a Jesucristo como la única respuesta ante ese deseo del ser humano de felicidad.

Esto parece una contradicción: un deseo que no puede ser saciado. Pero esa contradicción ha sido respondida en la misericordia de Dios **que nos ha dado la plenitud de la felicidad en Jesucristo, en su revelación, en habernos hecho herederos de la Vida eterna en el cielo.**

Dios no nos puede dar la felicidad separados de Él.

Por eso entendemos que el cielo es el estado de la felicidad, porque es el estado de la plenitud; solamente en la visión de Dios seremos plenamente sacados de la sed de felicidad.

Mientras tanto la necesidad de felicidad interior, está en que esta felicidad que tenemos siempre es parcial, y muchas veces le llamamos felicidad a un cierto bien estar, que es transitorio.

El bienestar es transitorio pero la felicidad exige plenitud. Si a alguien le decimos: "*vas a ser feliz por un rato*", solamente por pensar que dentro de un rato va a dejar de ser feliz, ya no es feliz. Como mucho lo que tengo es "bienestar", por un rato.

La felicidad tiene vocación de eternidad; la felicidad requiere del cielo de la eternidad para saciarnos plenamente; y eso es el cielo: **es la visión de Dios, que es capaz d saciar plenamente la sed.**

En esta vida todo es transitorio, todos los placeres y bienestares tienen su fecha de caducidad puesta. La cuestión es ¿Hay una felicidad que no caduque...? Y la respuesta es **DIOS**.

Dios es aquel que –cuya visión–, no puede agotar nuestra capacidad de desearle. Dios es siempre nuevo. **Estaremos toda la eternidad conociendo a Dios y será para nosotros la eterna novedad.**

Termina este punto con una cita de San Gregorio de Nisa:

La promesa [de ver a Dios] supera toda felicidad [...] En la Escritura, ver es poseer [...]. El que ve a Dios obtiene todos los bienes que se pueden concebir.

Ver a Dios es fundirse con El.

Cuando Jesús le dice a Natanael:

*"Antes que Felipe te llamara cuando estabas debajo de la higuera **TE VI**".*

Ese "ver", es "Te elegí".

Muchos cuando se dice: *El cielo es el sitio donde veremos a Dios*", como si no sentáramos a ver la televisión; no es eso. Ver a Dios en el cielo es hacerse una cosa con El, compartir el amor "**Intratrinitario**".

Otra cosa, es que pensamos que la felicidad es un "sentirse bien", la felicidad no es perfecta hasta que no se comparte, y una de las pruebas más evidente de la felicidad es el **agradecimiento**.

La felicidad nos ayuda a salir de nosotros mismos, para adentrarnos en el misterio de Dios.

Por eso este punto empieza diciendo que la "**felicidad verdadera**" nos está ayudando a desapegarnos de la tendencia ansiosa y desordenada en la que el hombre se entrega a los bienes de este mundo: a la codicia y a la envidia.

Punto 2549:

Corresponde, por tanto, al pueblo santo luchar, con la gracia de lo alto, para obtener los bienes que Dios promete. Para poseer y contemplar a Dios, los fieles cristianos mortifican sus concupiscencias y, con la ayuda de Dios, vencen las seducciones del placer y del poder.

Antes decíamos que la felicidad es un regalo del cielo, que es un regalo, pero -como dice aquí- también tiene que ser "luchada".

Dios nos promete el cielo, el cielo no es proporcional a nuestra capacidad de mérito, sino que es un regalo desproporcionado, pero sin embargo tiene que ser luchado.

Lo que dice San Agustín:

"El que te creo sin ti no te salvara sin ti".

Te da un regalo gratuito pero quiere que lo recibas con plena corresponsabilidad y luchado por ello, y poniendo todas tus capacidades en ese objetivo.

La cuestión es : en cómo se compagina estas dos cosas:

La salvación es:

-Una acogida gratuita: "abre la boca que te la llene"

-Una lucha activa.

Esto no es contradictorio, porque en el fondo, luchamos para quitar resistencias en nosotros a acoger el don de la salvación.

Hay que luchar para "para no poner obstáculos para recibir la Gracia". Cuando se dice "**abre la boca que te la llene...**", hay que abrir la boca, y para abrirla hay que mortificarse en muchas cosas.

Por eso no es contradictorio una cosa y la otra: el sentido pasivo de "acoger" el don del cielo y "luchar por el don del cielo".

Hay que caer en cuenta de que en la vida cristiana estamos en **guerra**, en milicia; y además, la vida cristiana es la conjunción entre la inocencia del niño, *que se deja querer* por sus padres, y complementando con el "*alma guerrera*".

Los niños nos dan verdaderas lecciones: "*se dejan querer por sus padre*".

Termina este punto:

Para poseer y contemplar a Dios, los fieles cristianos mortifican sus concupiscencias y, con la ayuda de Dios, vencen las seducciones del placer y del poder.

Se habla de "mortificar" nuestras concupiscencias.

Lo cierto es que esto de "mortificar" suena mal. Que sería "mejor formularlo en tono más positivo... Pero el catecismo no tiene ningún reparo en utilizar esta palabra: "mortificar nuestras tendencias que han sido heridas por el pecado. Tendencias hacia el placer, hacia el poder, hacia el poseer... y hay que mortificarlo... estamos en guerra. **Con confianza de niño, pero con alma de guerrero.**

Reformas que hay tres grandes pasiones o concupiscencias en las que tenemos que centrarnos en la mortificación:

- El placer.
- El poder.
- El poseer.

Las tres "p".

Frente al "placer", el cristiano tiene que combatir buscando el sacrificio, buscando la mortificación; realizada por amor a Dios.

Frente al "poder" o prestigio, hay que combatirla con la humildad como camino de identificación con "**el que siendo de condición Divina, no hizo alarde de su categoría de Dios...**"

Frente al "poseer", tenemos que elegir la pobreza, que es el camino que eligió Jesucristo...

¡Esta es la batalla de nuestra vida!, y no con los líos que nos montamos. Esta es la batalla en la que me estoy jugando la verdadera felicidad es esta.

En esta batalla contamos con la Gracia de Jesucristo; sabemos que esta batalla va a ser solemnemente concluida en el Cielo, cuando Dios sea **todo para todos**.

Punto 2550:

En este camino hacia la perfección, el Espíritu y la Esposa llaman a quien les escucha (cf Ap 22, 17) a la comunión perfecta con Dios:

«Allí se dará la gloria verdadera; nadie será alabado allí por error o por adulación; los verdaderos honores no serán ni negados a quienes los merecen ni concedidos a los indignos; por otra parte, allí nadie indigno pretenderá honores, pues allí sólo serán admitidos los dignos. Allí reinará la verdadera paz, donde nadie experimentará oposición ni de sí mismo ni de otros. La recompensa de la virtud será Dios mismo, que ha dado la virtud y se prometió a ella como la recompensa mejor y más grande que puede existir [...]: "Yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo" (Lv 26, 12) [...] Este es también el sentido de las palabras del apóstol: "para que Dios sea todo en todos" (1 Co 15, 28). El será el fin de nuestros deseos, a quien contemplaremos sin fin, amaremos sin saciedad, alabaremos sin cansancio. Y este don, este amor, esta ocupación serán ciertamente, como la vida eterna, comunes a todos» (San Agustín, *De civitate Dei*, 22,30).

Apocalipsis 22, 17:

- 16 *Yo, Jesús, he enviado a mi Ángel para daros testimonio de lo referente a las Iglesias. Yo soy el Retoño y el descendiente de David, el Lucero radiante del alba.»*
- 17 *El Espíritu y la Novia dicen: «¡Ven!» Y el que oiga, diga: «¡Ven!» Y = el que tenga sed, que se acerque, = y el que quiera, = reciba gratis agua = de vida.*
- 18 *Yo advierto a todo el que escuche las palabras proféticas de este libro: «Si alguno añade algo sobre esto, Dios echará sobre él las plagas que se describen en este libro.*
- 19 *Y si alguno quita algo a las palabras de este libro profético, Dios le quitará su parte en el árbol de la Vida y en la Ciudad Santa, que se describen en este libro.»*
- 20 *Dice el que da testimonio de todo esto: «Sí, vengo pronto.» ¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!*
- 21 *Que la gracia del Señor Jesús sea con todos. ¡Amén!*

Concluye la Biblia con un: "**¡VEN SEÑOR JESUS!**"

La explicación que hace la Iglesia al final en los mandamientos es "mística"; esto tiene poco de moralismo.

La moral está al servicio de la mística. es la llamada a unirnos con Dios, a ser una cosa con él , a vivir en verdad: **la verdad que Dios nos ama, que Él es la vida, es vivir en Cristo.**

Al final de los diez mandamientos, lo único que se le ocurre a la Iglesia es con un: "**¡VEN SEÑOR JESUS!**".

SE nos cita un texto de San Agustín:

«Allí se dará la gloria verdadera; nadie será alabado allí por error o por adulación; los verdaderos honores no serán ni negados a quienes los merecen ni concedidos a los indignos; por otra parte, allí nadie indigno pretenderá honores, pues allí sólo serán admitidos los dignos.

Se contrastando la Jerusalén celestial con esta ciudad terrena en la que vivimos. Como dedicamos tantos esfuerzos a: **honores vanos**. Tantas veces, por **error o por adulación** estamos honrando a pecadores. Cuantos falsos honores tributamos en esta vida, y sin embargo, cuantas personas santas pasan desapercibidas junto a nosotros.... *esa abuela a la que no hace ni caso, que la tienes olvidada... y que para Dios –a lo mejor-, es la persona más importante de la ciudad. Y va a resultar que en el cielo va a brillar más que nadie.*

Este es el contraste que quiere hacer San Agustín.

Cuanto nos vamos a sorprender en el cielo: "**que muchos primeros serán los últimos y muchos últimos serán los primeros**".

Continúa este texto:

Allí reinará la verdadera paz, donde nadie experimentará oposición ni de sí mismo ni de otros.

Dios nos promete la verdadera paz. En esta vida estamos experimentando y sufriendo un montón de contradicciones con nosotros mismos: "*hago lo que no quiero, y lo que quiero hacer no soy capaz de hacerlo...*".

En el cielo, Dios hará que el hombre tenga el señorío de nuestra propia voluntad y de nuestro propio entendimiento, que tanto nos cuesta tanto tener aquí.

El hombre estará interiormente unificado, sin tener esas fracturas interiores que sufrimos y experimentamos aquí. El cielo será la verdadera paz interior del hombre donde experimentará la madurez que aquí añoramos.

También la buena relación con nuestros hermanos, a los que a veces, experimentamos como enemigos; viviendo haciéndonos sombra los unos a los otros; mi hermano es más mi competidor que mi hermano. También, en el cielo, esa contradicción se verá plenamente consumada cuando entendamos lo que es la **comunión**.

Es verdad que aquí, Dios nos permite vivirla, pero con "contradicciones".

En el cielo, el prójimo, será como un espejo de la Gloria de Dios, no será mi competidor..

Continúa este texto de San Agustín:

**La recompensa de la virtud será Dios mismo, que ha dado la virtud y se prometió a ella como la recompensa mejor y más grande que puede existir [...]:
"Yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo" (Lv 26, 12)**

En el fondo, la recompensa no serán los dones que Dios nos da, sino que será **Dios mismo, nuestra recompensa**.

Un signo de que caminamos hacia ese "don de Dios", es que busquemos a Dios, y no tanto los dones concretos de Dios.

Deseemos esa unión con El, esa unión esponsal, esa unión de amistad.

Sigue el texto:

Este es también el sentido de las palabras del apóstol: "para que Dios sea todo en todos"

El cielo será ese estado donde Dios es TODO EN TODOS.

Que Dios sea todo y no únicamente una faceta de mi vida.

Como ese "solo Dios", del que hablaba Rafael Arnaiz; o el "solo Dios basta", del que hablaba Santa Teresa.

Termina este texto:

El será el fin de nuestros deseos, a quien contemplaremos sin fin, amaremos sin saciedad, alabaremos sin cansancio. Y este don, este amor, esta ocupación serán ciertamente, como la vida eterna, comunes a todos»

Cuantas veces ocurre, que para que un don sea magnifico, para nosotros, tener el privilegio de haber estado allí solo.... "¡qué suerte tuve!".

Así es nuestro sentido individualista; hay un don que han recibido todos, ya le quitamos importancia.

El Don de Dios, es magnífico porque pueden gozarlos todos mis hermanos. Poder gozar del don de Dios en comunión, añade más gozo al don de la felicidad.

Este mandamiento concluye diciendo que el "**corazón del hombre está hecho para Dios y que en Dios seremos plenamente saciados**".

Lo dejamos aquí.